


La muerte de Eurídice, Erasmus Quellinus II, 1630

Legado de la sombra

Mariana Bernárdez



DESPERTAR TRATANDO DE ORDENAR LOS INFINITOS puntos que no acortan el trecho con lo que se mira; la mano no habrá de alcanzar la ciruela que pende de la rama, ni podrá la mente resolver los acertijos que la habitan desde su inicial venida al mundo; la línea de su progresión no habrá de atinar al blanco ni resolver las antinomias de Zenón. Este tanto se reduce a que entre la ciruela y yo se interpone un ventanal.

Pareciera que siempre se está a salto de mata salvando la inexactitud y la velocidad del fluir, como si fuera posible apresar lo que se vive o como si sólo quedara como remedio la aceptación de la evanescencia. ¿Quién pudiera leer las sombras del corazón, esas siluetas livianas que a veces son prendidas en su tránsito irreparable? Mirada brillada, dicen, fulgor, destello, a saber. Lo indudable es que desafían el suspiro de Eurídice y la honda tristeza de Orfeo, que más le habría valido perder la lira y la voz, que no la cordura de lo irreparable. Sea así la sentencia de unos dioses que no conocían ni siquiera para sí la misericordia ni la gravedad de la pérdida. Legado suyo será lo oscuro que revela su presencia en el latido y que irá ahondándolo hasta convertir su eco en caverna de sentido.

Hueco. Sombra. Corazón.

Habrà momentos extraordinarios donde su precisión será palabra justa en busca de balbuceo, pues a sabiendas de que la verdad no lo liberará de su condición de siervo, el alumbrar el peso de su decir dará un mayor nacimiento a su condición de paria, que aún del tránsito por el desierto guarda memoria de su exilio en señal perenne de su incompletud. Fractura como fundación de lo por venir, abismo, resquicio, flagelo que acusa la distancia, que aunque mínima, se perpetúa en la existencia para afinar el filo de la espada que la agranda. Y aquí y ahora, sólo la herida. ¿Y el corazón?, el corazón llora su vendaval.

A veces mejor perderse que ser hallada, mejor confundir las coordenadas y dar inicio al viaje, dejarse arrastrar por la marea antes de llegar a puerto, antes de rendir cuenta de los vientos... Deambular sin cartografía precisa y reparar en la sal incrustada sobre la barandilla del barco o escuchar el golpeteo de las olas en la quilla o mirar la lontananza de la estela... como si en su cadencia se encontrara un

sentido más alto y una relevancia que diera razón al sinsentido de saberse cara a la muerte.

Hueco. Sombra. Corazón.

No ser de algún lugar ni tener lengua propia ni paisaje de infancia fijo, salvo la luz y su derrotero por las hojas de los árboles; perder las ataduras y dejarse llevar a la deriva vadeando arrecifes y calas, porque nada sana de lo amado como imposible es salvar el cruce del olvido. Si hubo palabra de amor que luego arrancó su fuego para lacerar y dejar el rastro de la ceniza, sea la dicha de haber sido alguna vez pronunciada por su quemadura, aun de que el palpito se anegue en la desesperanza y gravite el derrumbe al punto de quebrar el cuerpo que lo sostiene.

Legado de la sombra. Hueco o tajo en el corazón. Corazón. Corazón.

Reparo en la hoja y en la rama, en el fruto y en el pájaro que picotea su pulpa, el chasquido del aleteo me alerta sobre la exigencia de estar frente al ventanal y vienen a mí los versos inmemoriales de Kavafis: “A Lestrigones, Cíclopes, / al fiero Poseidón, nunca encontrarás / a menos que en tu alma los lleves dentro, / al menos que tu alma los ponga delante tuyo”.¹ Difícil ignorar el tridente que afianza su percusión al menor descuido, y más difícil aprender que el corazón es la fortaleza que arrincona su volición. ¿Quién no ha sido seducido en la contemplación de esas *variaciones del azul verdad*? ¿Quién, puro de cualquier pasión, puede alzar la voz y lanzar un puño de aire contra los que preferimos detenernos al borde del camino? Pasa, todo pasa, me digo a mí misma, porque no hay hora ineludible ni plazo que no se cumpla. Inútil tratar de enmendar la carencia y la astilla. Inútil reandar los pasos, el mar borra la pisada y se lleva consigo la senda. ■■■

¹ Constantino Kavafis, “Ítaca”, en *Obra escogida*, Selección y traducción de Alberto Manzano, Barcelona, Ed. Teorema, 1984, p. 46.